



**PALABRAS VIAJERAS: CAMINANDO LA MEMORIA
MALETA VIAJERA DEL MUSEO NACIONAL GUILLERMO VALENCIA**

HISTORIAS DE LAS COMUNIDADES

AFRO CAUCANAS

PARA CANTAR MEMORIAS



CRÉDITOS

**PALABRAS VIAJERAS: CAMINANDO LA MEMORIA
MALETA VIAJERA DEL MUSEO NACIONAL GUILLERMO VALENCIA**

HISTORIAS DE LAS COMUNIDADES

AFRO CAUCANAS PARA CANTAR MEMORIAS

Autores:

Erika Sayuri Vélez Torres
Fabio Albeiro Velasco Guevara
Lorcy Brigitte Montaña Obregón

Coordinadores del Proyecto:

Jesús Iván Sánchez Sánchez
Jenny Carolina Miranda Caicedo
Maria Camila Muñoz Pino

Asesora Pedagógica:

Leydi Patricia Ledesma Chirimusca

Ilustración:

Santiago Paz

Diseño y Diagramación:

Ana María Fernández Oviedo





LA MONA

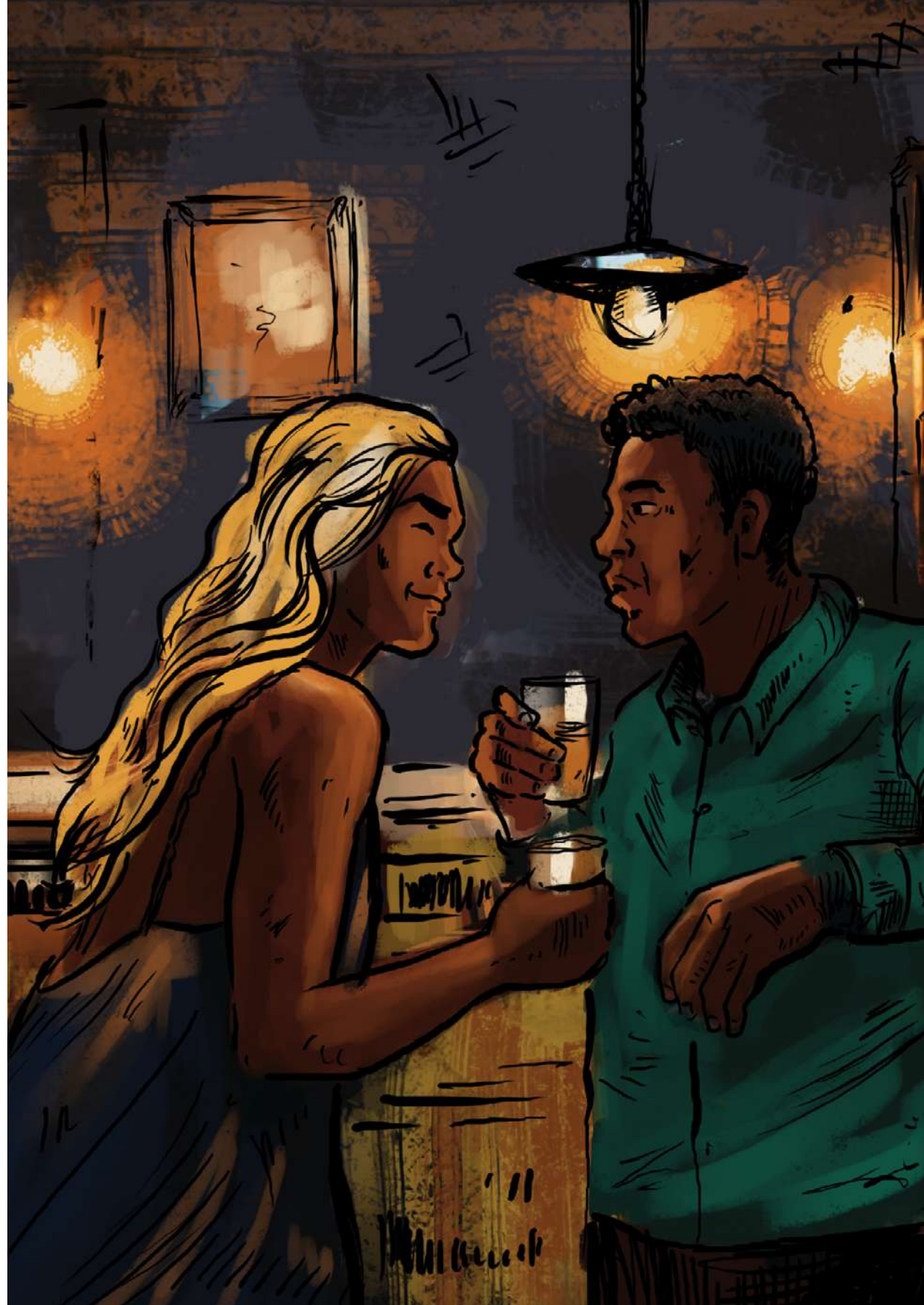
Autora: Lorcya Brigitte Montaña Obregón

En el litoral del pacífico hay una gema escondida: Guapi, Cauca, donde por las noches la música se escucha desde lejos y la gente se reúne a bailar, hay una historia que los abuelos cuentan con voz bajita, como quien comparte un secreto del pueblo. Es la historia de La mona.

Dicen que La mona aparecía cuando la fiesta estaba en su punto más alto, cuando los bombos sonaban fuerte y algunos adultos ya no caminaban tan derechos porque habían bebido más de la cuenta. En medio de esas noches, La mona pasaba como si flotara entre las luces, y todos volteaban a mirarla.

Era una figura muy llamativa: una mujer muy bella, de piel moruna, brillante y suave como recién lavada, y cabello rubio que caía por su espalda como hilos de oro. Lo raro era que nadie le veía el rostro, como si una sombrita se lo tapara siempre. Eso hacía que muchos sintieran un escalofrío, pero otros, los que venían de las fiestas, se dejaban llevar por la curiosidad.

Cuando La mona se acercaba, movía la mano despacio, invitando a los hombres borrachos a seguirla. No hablaba mucho, solo lo justo, y con una voz tan suave que parecía viento. Los hombres, sin pensar ni mirar alrededor, la seguían como si estuvieran soñando.





Ella los llevaba hasta el cementerio, un lugar solitario donde el pasto crece alto y donde, de noche, el silencio se siente pesado. Nadie sabe qué decía La mona allí, ni qué pasaba exactamente, porque quienes volvían no podían contarlo bien. Lo único seguro es que, al amanecer, los hombres aparecían tirados en un baldío cerca del aeropuerto, llenos de golpes, respirando apenas, como si hubieran pasado por algo muy duro.

La gente del pueblo los encontraba y los llevaba con cuidado a sus casas. Pasaban varios días sin poder levantarse. Y cuando por fin podían hablar, contaban siempre lo mismo: decían que La mona, en medio de ese lugar solitario, se quitaba la sombra del rostro... y resultaba ser un hombre. Un hombre fuerte, con mirada severa, que no estaba ahí para enamorar a nadie, sino para darles una lección que jamás olvidarían.

No lo hacía por maldad. Eso repetían los abuelos. Decían que esa persona, disfrazada como mona, quería corregir a quienes se perdían en la vida fiestera, a los que gastan noches enteras fuera de sus hogares, olvidando responsabilidades y metiéndose en proble-

mas. Su idea —aunque dura y peligrosa— era hacer que los borrachos miraran sus errores de frente y entendieran que no podían seguir así.

Con el tiempo, la historia corrió por todo Guapi. Cuando alguien veía a un amigo preparándose para una noche larga de fiesta, otro le decía:

—Cuidado... no vaya a aparecer La mona.

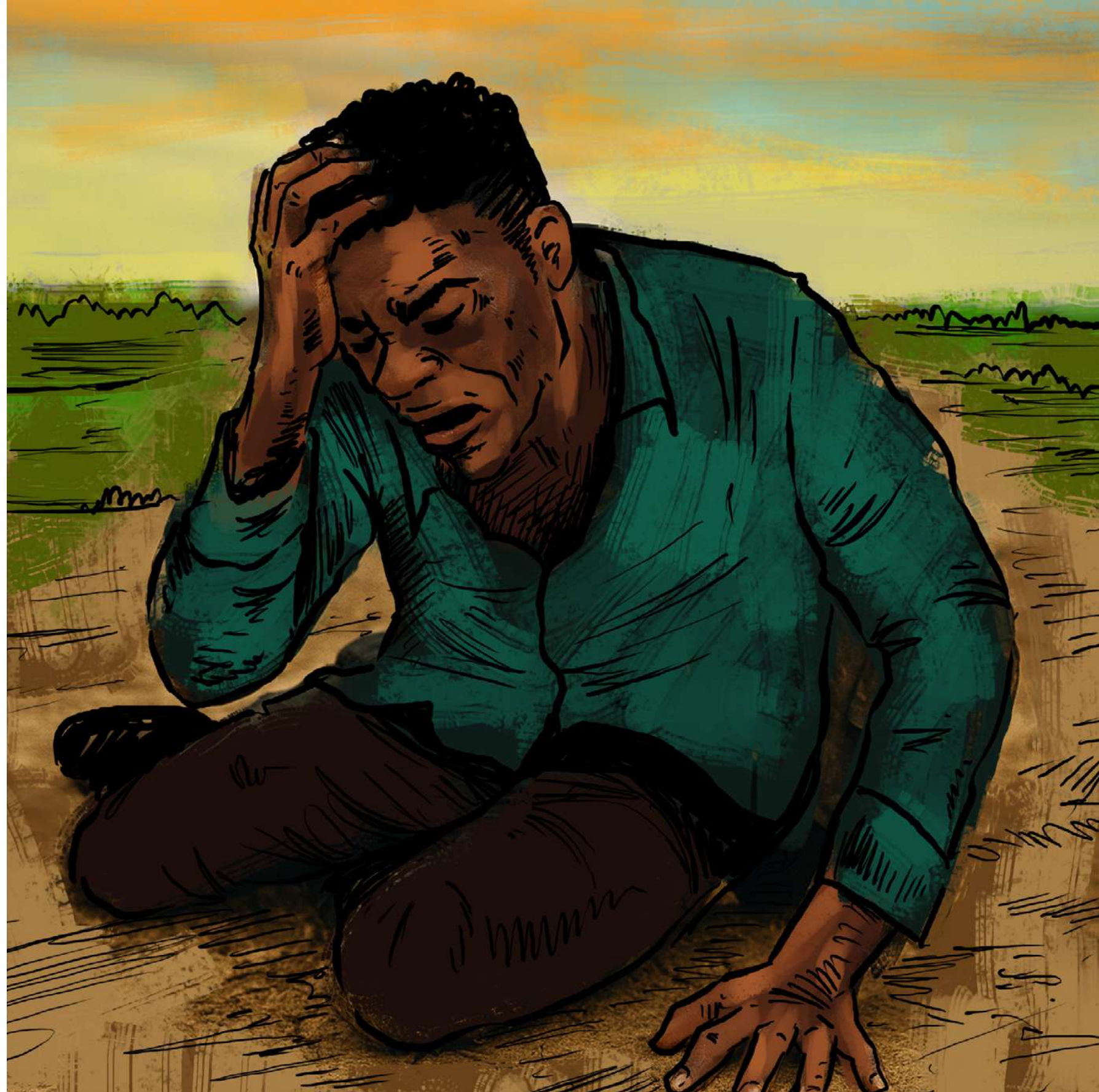
Muchos se reían, otros decían que eran cuentos de viejos, pero más de uno, al escuchar el viento soplar fuerte en la noche, prefería regresar temprano a casa.



A los niños les contaban esta historia no para que se asustaran, sino para que aprendieran una lección: que la vida tiene momentos alegres, sí, pero que los excesos y la mala cabeza siempre traen problemas. Que la noche es bonita, pero también engañosa, y que no todo lo que brilla es seguro.

Por eso, aún hoy, cuando la música de esta zona retumba y las luces iluminan la calle, algunos recuerdan a la mona: esa figura hermosa, de piel morena y cabello dorado, que escondía un secreto bajo la sombra del rostro y que aparecía solo para enseñarle a la gente que la parranda, cuando se vuelve exceso, puede terminar mal.

Y así, la historia sigue viva en Guapi, enseñando a niños y grandes que es mejor disfrutar con medida, cuidar la vida, y no dejar que la noche nos lleve por caminos que después cueste regresar.



EL LÁTIGO DE SOMBRA

Autora: Erika Sayuri Vélez Torres



En un valle lleno de sol, donde las montañas del Patía abrazan los caminos de tierra y los árboles susurran al viento, había un pequeño caserío donde a la gente le gustaba reunirse al caer la tarde. Allí, en medio de saludos alegres y voces curiosas, muchos practicaban un arte marcial muy querido: el Látigo de sombra.

Este arte, muy popular en Mercaderes, Cauca, y en todo el Valle del Patía, se parecía un poco a la esgrima, pero se hacía con machete y con movimientos pensados para la defensa personal. Los machetes que usaban para entrenar eran de madera, pero bastaba verlos un momento para sentir que allí había historia, ritmo y mucha habilidad. Los brazos se movían suaves y firmes, como si dibujaran un camino de luz en el aire.

Los niños observaban con ojos brillantes. Querían aprender, pero también querían entender las histo-

rias que los mayores contaban alrededor del fogón cuando la noche se hacía más oscura. Una de las historias más repetidas era sobre unos hombres misteriosos llamados empautados.

Los mayores explicaban que los empautados eran hombres negros que habían hecho un pacto con el diablo. Según la tradición popular, estos hombres eran famosos por ser los mejores en el Látigo de sombra y hasta tenían escuelas donde enseñaban este arte. Pero nadie los veía muy seguido; tenían un aire silencioso, como si caminaran entre sombras.



Se contaba que, para convertirse en empautado, un hombre debía viajar hasta lugares lejanos del Patía, especialmente al cerro Manzanillo, un sitio alto, solitario y lleno de viento. Allí, decían, el diablo aparecía tomando la forma de alguien conocido: tal vez un vecino, tal vez un familiar. Lo hacía para que el viajero no sintiera miedo al principio.

Pero antes de dar cualquier poder, el diablo ponía pruebas difíciles. Una prueba podía ser entrar a una cueva llena de culebras que se movían entre las piedras. Otra podía ser llevar al hombre a un risco muy alto y dejarlo caer para ver si se espantaba. Las historias evitaban los detalles duros; solo decían que era un gran susto y que el corazón latía muy rápido, pero que, si el viajero no mostraba miedo, entonces el diablo lo consideraba digno.





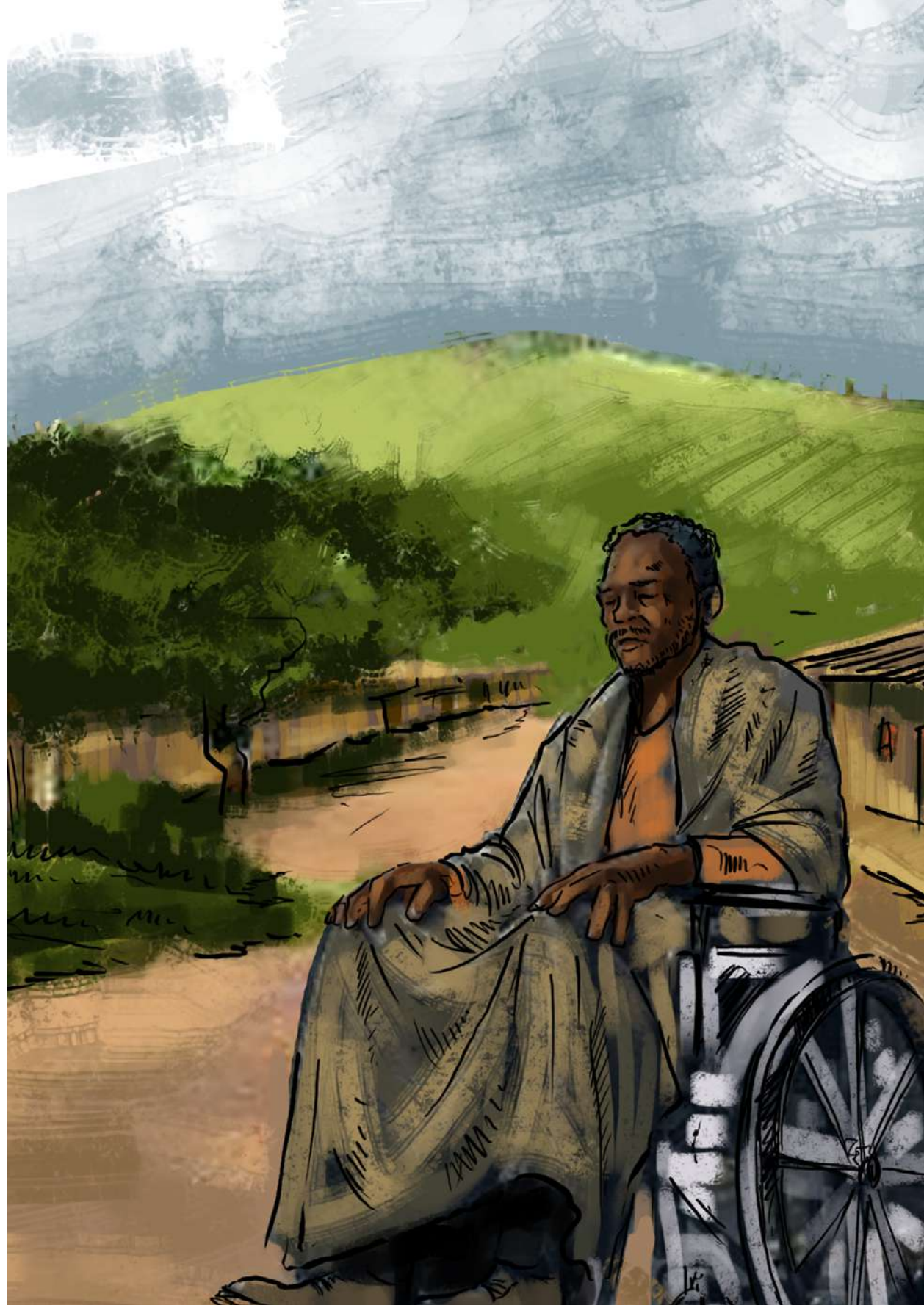
Los poderes que el diablo daba eran muchos: fuerza, dinero, la capacidad de escapar de cualquier peligro, volverse invisible a los riesgos y no ser lastimado por balas ni machetes. También podían lograr sus metas con mucha facilidad, volverse irresistibles para las mujeres y hasta tocar el violín con gran maestría. Pero había algo muy importante que los niños siempre recordaban: esos poderes tenían fecha de vencimiento. El diablo decidía cuánto duraban. Podía parecer mucho tiempo para un hombre —por ejemplo, ocho años— pero para el diablo eso era apenas como dos minutos. Y cuando el tiempo se acababa, los poderes desaparecían tan rápido como habían llegado.

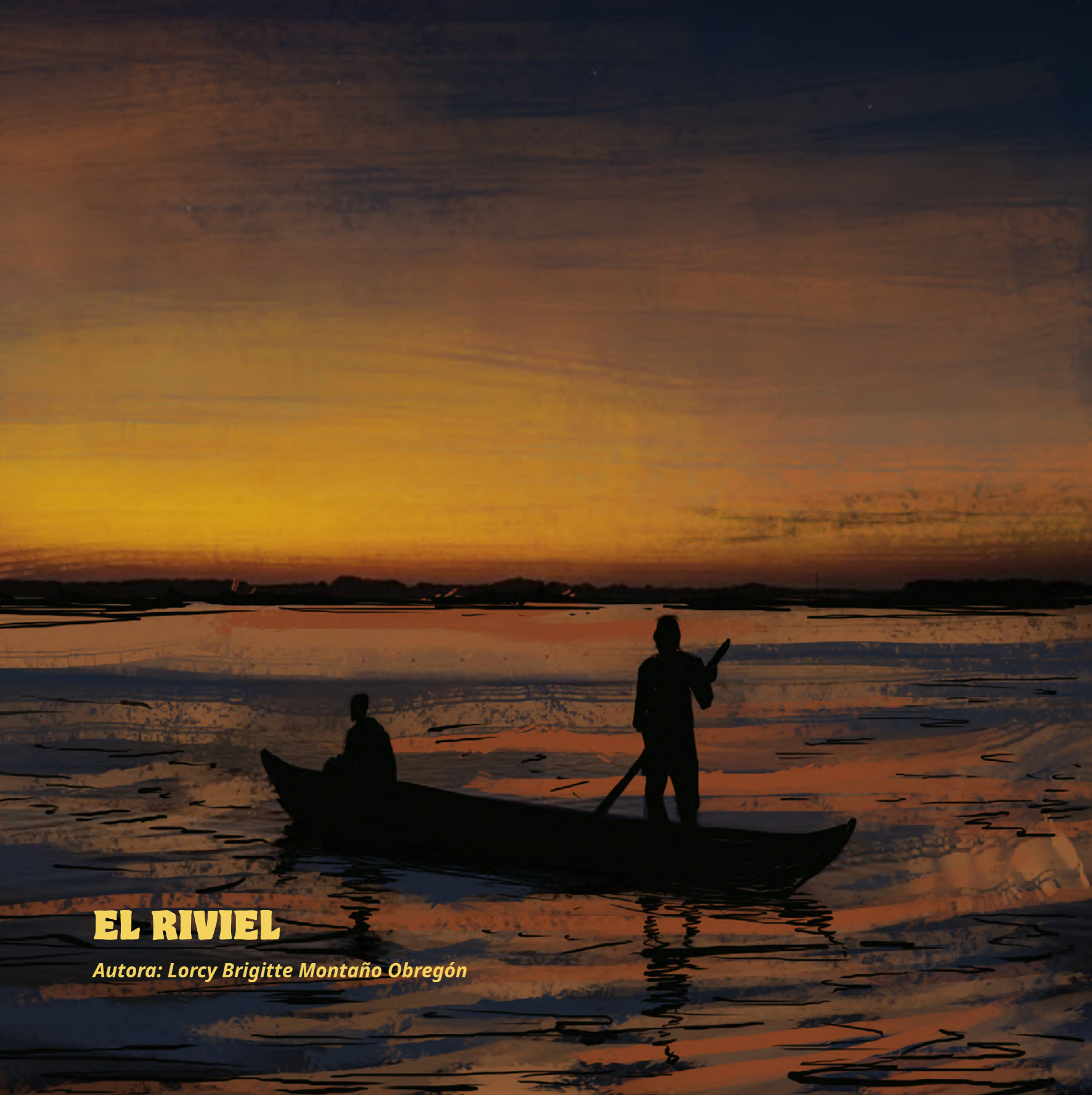
El final del empautado, también llamado aventajado, era siempre triste. Poco a poco

perdía lo que tenía: su dinero, su salud, su suerte. La gente empezaba a alejarse y, con el tiempo, terminaba solo y sin fuerza. Los mayores contaban esto con voz suave, para que los niños entendieran sin asustarse: buscar atajos nunca traía un buen final.

Por eso, cada vez que los niños veían a alguien practicar el látigo de sombra, aprendían una lección importante: lo valioso no era buscar poderes extraños, sino entrenar con paciencia, respetar el arte y ser buenos con los demás.

Y así, en las tardes doradas del Patía, los niños seguían practicando movimientos lentos y seguros, dejando que el viento llevara sus risas. Sabían que la verdadera fuerza no venía de sombras ni pactos, sino del corazón que aprende, cuida y comparte.





EL RIVIEL

Autora: Lorcý Brigitte Montaño Obregón

En el océano Pacífico de Guapi, Cauca, donde las olas son grandes y claras como espejos, todos conocen una historia antigua. Es la historia de El Riviel, un espanto del mar. Dicen que aparece como una luz brillante entre las olas, parecida a una luciérnaga, o como le dicen en el pueblo, un cucullo. Pero los pescadores que salen de noche saben muy bien que no es ni luciérnaga ni cucullo. Es El Riviel.

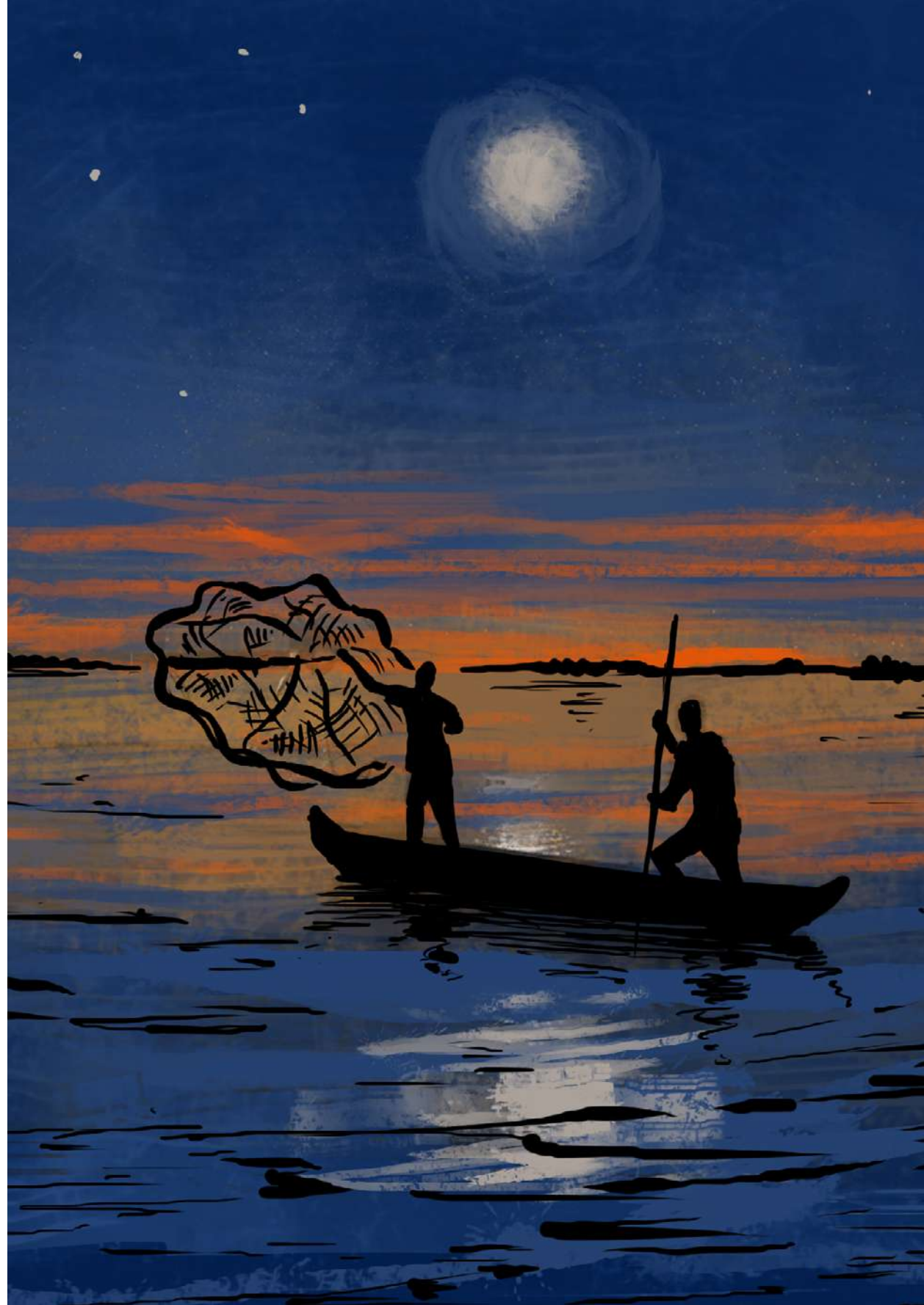
Una tarde, cuando el sol ya estaba bajando y el cielo se

pintaba de rosado, Cristóbal y José se prepararon para su faena. Una faena es cuando dos personas trabajan juntas para cumplir una misma tarea, y ellos siempre trabajaban así. Esa noche querían pescar lo suficiente para llevar comida a sus casas.

—Parece que el mar está tranquilo —dijo Cristóbal mientras empujaba la canoa.

José lo siguió, aunque siempre sentía un poquito de miedo al salir de noche. Aun así, confiaba mucho en Cristóbal, que conocía el mar como la palma de su mano. Subieron a la canoa y remaron hasta quedar bien afuera, donde el agua se veía oscura y brillante al mismo tiempo.

Cuando estuvieron lejos de la orilla, comenzaron a organizar la atarraya para lanzarla al agua. José estaba acomodando un nudo cuando una ola un poco más





grande se levantó frente a ellos. Y allí, en lo alto de la ola, se veía una luz pequeña.

Era una luz que parpadeaba, como si bailara. José se inclinó hacia adelante.

—¿Viste eso? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué viene brillando así, como un cucullo?

La luz apareció otra vez, esta vez más cerca, moviéndose entre las olas como si anduviera paseando. Cristóbal bajó la voz.

—Eso es El Riviel.

José sintió un escalofrío.

—¿Y qué es El Riviel? —preguntó con ojos grandes.

—Es una visión... un fantasma —respondió Cristóbal.

Para que José no se asustara tanto, Cristóbal comenzó a contarle la historia que todos en Guapi conocen.

Hace muchos años, un señor llamado Crisóstomo vivía en la playa de los Quiñones. Esa playa queda en toda la Bocana de Guapi, justo en la entrada que lleva al pueblo. Crisóstomo era un hombre sencillo, querido por todos, y siempre vivía cerca del mar.

Pero un día murió, y en la playa no había un lugar apropiado para enterrarlo. Entonces decidieron llevarlo a El Charco, Nariño. Para llegar allá, tenían que viajar en lancha por el mar. Colocaron el ataúd en una canoa y comenzaron la travesía.

Sin embargo, el Pacífico es un mar fuerte. La gente

del lugar dice que cuando alguien muere y lo transportan por mar o por aire, el océano se pone bravo. Eso significa que las olas se levantan, el viento sopla más fuerte y el mar se vuelve pesado y difícil. Y eso pasó. El mar estaba tan picado que la canoa se volteó. El ataúd cayó al fondo del mar. Buscaron y buscaron, pero no lo encontraron. Días después, algunas partes del ataúd aparecieron en un manglar, como si las olas las hubieran llevado hasta allí.

Desde ese entonces, contaba Cristóbal, el espíritu de Crisóstomo empezó a aparecerse en el mar por las noches. Y como lo veían brillar como un cucullo entre las olas, lo llamaron El Riviel. Su luz se veía cada vez que alguien se iba a fanear de noche, como si quisiera avisar que era peligroso hacerlo.



—El Riviel no aparece para hacer daño —explicó Cristóbal—. Él solo recuerda lo que le pasó y quiere que nadie más se arriesgue en la oscuridad.

La luz volvió a brillar, suave y tranquila, moviéndose entre las olas como una señal amable.

José ya no se sintió con miedo. Miró la luz con respeto. —Gracias, Riviel —susurró—. Ya entendimos.

Los dos amigos guardaron la atarraya y comenzaron a regresar a la orilla. Mientras la canoa avanzaba, la luz seguía detrás de ellos, no muy cerca, no muy lejos, como un pequeño guardián del mar.

Desde esa noche, José aprendió una gran lección: el Pacífico es hermoso y poderoso, y siempre hay que escucharlo. Y cuando una luz pequeña aparece en medio de las olas, no es casualidad. Es El Riviel, cuidando a quienes se aventuran en la oscuridad, recordándoles que el mar también tiene memoria.




LA MADRE AGUA

Autora: Lorcy Brigitte Montaña Obregón



En Guapi, donde el río canta todo el día y las canoas se mecen como si durmieran, había un cuento que los mayores solo contaban cuando ya estaba cayendo la tarde. Era la historia de La madre agua, una presencia que vivía en lo profundo del río grande.



Nadie sabía quién era de verdad. Unos decían que podía ser una mujer afro, otros que tal vez era indígena. Pero nadie lo sabía con certeza, porque lo único que todos podían recordar era su cabello largo y liso, tan largo que flotaba sobre el agua como una cinta oscura. También decían que era una mujer alta, muy alta, aunque casi nadie lograba verla bien.

En Guapi, la gente siempre bajaba al río para lavar la ropa, enjuagar los platos o refrescarse un rato. Pero todos sabían que el agua tiene sus propios secretos

y que no era bueno ir solo, especialmente cuando el cielo comenzaba a oscurecer o el viento traía un sonido raro entre los árboles.

Una tarde, cuando el sol ya se estaba escondiendo y las ranas empezaban a cantar, una mujer bajó al río grande. El agua estaba tibia y el aire tenía ese olor dulce y húmedo que solo tiene la orilla del Guapi. Ella se agachó para lavar, moviendo la ropa en el agua lenta.



Pero pronto sintió algo extraño.
Primero, sintió que alguien la miraba.
Miró a los lados.
Nada.

Solo el río moviéndose despacito y los manglares callados, como si escucharan.

Ella trató de seguir lavando, aunque el corazón le sonaba fuerte en el pecho.
Entonces, algo tocó su pie.
Muy suave.

Como si el río la hubiera acariciado con un dedo frío.
La mujer se quedó quieta. Pensó que podía ser un pecillo. Pero algo dentro de ella le decía que no, que aquello no era un pez.

El toque volvió.

Más firme.

Como si alguien quisiera llevarla
hacia el agua.

Y de repente sintió que algo la
jalaba. No tan fuerte como para
lastimarla, pero sí lo suficiente
para que ella retrocediera asusta-
da. El agua hizo unas ondas que
parecían seguirla, como si algo
estuviera saliendo del fondo.

Y entonces la vio.

Apenas por un instante.

Una figura muy alta, tranquila
como una sombra parada en





medio del río. Su cabello largo y liso brillaba sobre el agua como un hilo oscuro moviéndose solo. No se le veía la cara, solo esa silueta que parecía hecha de agua y noche.

La mujer salió corriendo sin mirar atrás, mientras el río volvió a quedarse en silencio, como si nada hubiera pasado.

Después de ese día, la gente empezó a hablar más y más de La madre agua. Decían que era una visión espectral, que aparecía cuando el río estaba bravo o cuando alguien bajaba sin cuidado. Y hubo un tiempo en que mucha gente empezó a aparecer ahogada, y decían que era ella quien los había llamado al fondo.

Pero los mayores también decían otra cosa: que La madre agua no aparecía porque sí. Que a veces tocaba o jalaba un pie para avisar que el río estaba peligroso, o que no era la hora para estar allí. El agua,

decían, es amiga, pero también se enoja si uno se confía.

Por eso, los niños de Guapi aprendieron algo muy importante: no ir solos al río y no hacer ruido cuando el agua está seria.

Y cuentan que, cuando la tarde se vuelve azul oscura y el río se riza como si tuviera escalofrío, es porque ella anda cerca.

La madre agua.

Mirando desde lo hondo.

Esperando que nadie olvide que el río también siente... y también recuerda.





SOY LUTHIER

Autor: Fabio Albeiro Velasco Guevara

En una meseta luminosa del sur del departamento del Cauca, en un lugar llamado Mercaderes, vivía un niño curioso llamado Fabio Velasco. Él solía decir, con una sonrisa grande: “Yo nací aquí, en esta tierra de artistas y músicos, rodeado de montañas, quebradas y del viento del Valle del Patía”.

Fabio creció entre sonidos. Su papá, su hermano y sus tíos tocaban bandola, tiple y guitarra, y su tío Jairo Ojeda era tan querido que la UNESCO lo había recono-

cido como padre de la música infantil en Colombia. Por eso, cuando Fabio preguntó por qué en su familia todos eran músicos, su abuela respondió con ternura: —Es que ustedes vienen de músicos. Tu bisabuelo hacía los instrumentos para que los demás tocaran.

A Fabio le encantaba esa historia. Le gustaba aún más aprender en lo que él llamaba su “escuela de entornos”: las quebradas, el río, los árboles y los caminos por donde corría soñando con sonidos nuevos. Un día descubrió que la madera de la alacena de su mamá era igual a la del tiple de su papá. Y como la imaginación de un niño no tiene frenos, esperó un descuido... ¡y construyó su primer instrumento andino! Parecía un charango, aunque estaba hecho “muy a machete”, como él decía. Cuando su mamá vio la alacena desarmada, gritó sorprendida, pero a Fabio le brillaban los ojos: había nacido un pequeño constructor.





Con apenas diez años, quiso viajar para seguir aprendiendo. Lo intentó dos veces antes de tiempo, pero a los trece logró llegar a Cali, donde conoció al maestro Jorge Noguera, un luthier que había aprendido en la escuela de Popayán con la familia Realpe. El maestro lo llamó “pastuso” con cariño y le permitió quedarse en su taller. Fabio dormía debajo del banco de trabajo, entre el olor a cedro y pino. Allí dibujaba cada instrumento en un cuadernito, usando un pequeño espejo para mirar los secretos escondidos dentro de las guitarras. Después de tres meses, el maestro le dijo:

—Ya pasaste la prueba. Esta madera es para tu primera guitarra.

Y así comenzó una amistad y un aprendizaje que duró quince años.

Un día llegó la noticia de que su papá estaba enfermo. Fabio regresó a Mercaderes, preocupado por no tener herramientas ni máquinas para seguir su oficio. Pero mientras viajaba por el Valle del Patía, vio un árbol lleno de totumos, redondos y brillantes como pequeños soles.

—¡Ahí está mi caja de resonancia! —exclamó.



Empezó entonces a crear instrumentos con totumo, igual que algunos músicos afro de Cajamarca y Mojarra, como Chabaró y Gentil, quienes también construían violines con materiales de la región. Fabio investigó, preguntó, escuchó y aprendió. Descubrió que el totumo podía convertirse en un instrumento fuerte y hermoso si se trabajaba con paciencia.

Su trabajo llamó la atención de músicos del Patía, de profesoras como Anamelia, de festivales como el Petronio, e incluso de un viajero que llevó uno de sus instrumentos hasta Bruselas porque se parecía a una Arrabeca de Brasil. También recordaba que, cuando unos estudiantes de su escuela fueron a estudiar a San Pablo, en Nariño, regresaron con flautas y zampoñas... y eso lo inspiró aún más.

Fabio enseñó a muchos niños a querer sus raíces, a imaginar y a crear. Decía que había que mantener vivo el legado que su abuelo, su padre y tantos músicos habían dejado. En sus clases, los niños descubrían que un totumo podía cantar, que un pedazo de madera podía contar historias, y que soñar también era parte del oficio.

—Yo soy feliz —decía Fabio—. Soy feliz cuando hago un instrumento, cuando suena, cuando otro lo toca y siente su magia. Llevo muchos años en este camino, desde que era niño hasta mis 59 años, y cada día soy más feliz.



Y así, en la meseta de Mercaderes, donde el viento sopla historias antiguas, vive un luthier que enseña a los niños que la música no solo se toca: también se construye con imaginación, con amor y con el deseo de que cada sonido siga viajando por el mundo.

PALABRAS VIAJERAS: CAMINANDO LA MEMORIA MALETA VIAJERA DEL MUSEO NACIONAL GUILLERMO VALENCIA

Esta cartilla está llena de voces. Palabras Viajeras: Caminando la Memoria es una propuesta del Museo Nacional Guillermo Valencia que recorre el Cauca para reconocer, salvaguardar y difundir su riqueza cultural, especialmente la oraliteratura que vive en los pueblos y en la palabra compartida.

Aquí se encuentran mitos, leyendas, cantares, coplas, décimas, relatos de origen y memorias comunitarias, reunidas en lenguas maternas —como Nasa Yuwe y Namui Wam, entre otras— y en español. Al mismo tiempo, esta maleta rinde homenaje a Guillermo Valencia, acercando su vida y su obra como un puente poético que inspira la creación y el encuentro entre generaciones.

La maleta se activa en el aula y en la comunidad con juegos didácticos y experiencias lúdico-creativas para niñas, niños y jóvenes, invitándolos a conocer, valorar y poner en uso social el patrimonio cultural del Cauca. Porque cuando la palabra camina, la memoria despierta y el territorio se cuenta a sí mismo.